



Hoy la Iglesia se reviste con el rosa del tercer domingo de Adviento. Es el color suave del gozo que nace no de lo que ya vemos, sino de Aquel que viene. La liturgia nos susurra palabras de gran belleza: *“Gaudete... estad alegres en el Señor; el Señor está cerca.”* No es una alegría ruidosa. Es la alegría callada del amanecer.

Es la alegría del corazón que empieza a percibir el paso de Dios antes de verlo. San Bernardo describe así este momento interior: *“Entre las dos venidas del Señor, hay una venida intermedia: la que se da cuando Él visita tu interior llenándote de consuelo.”* Hoy celebramos esa venida intermedia: Cristo que viene ahora, silenciosamente, como rocío que empapa la tierra.

1. Juan en la prisión: el corazón que espera en la noche

El Evangelio nos muestra a Juan el Bautista, el más grande de los profetas, en la oscuridad de una celda. Su alma ha sido fiel; su voz ha anunciado al Mesías; sin embargo, ahora pregunta: *“¿Eres tú el que ha de venir?”* Qué humana es esta pregunta. La hace Juan, pero podría hacerla cualquier creyente: en la enfermedad, en el silencio de Dios, en el cansancio del camino. Jesús no le da un razonamiento. Le ofrece signos de vida:

Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpios, los pobres reciben la Buena Noticia. San Cirilo de Alejandría comenta: *“Los milagros no son*

solo obras poderosas; son la irrupción del Reino en las heridas del mundo.”

Es decir: cuando la vida renace, ahí está Dios. Cuando el corazón cansado y siente un consuelo inesperado, ahí está el Mesías. Cuando el desánimo se abre un poco a la esperanza, es que Cristo ha pasado cerca tocando tu alma,



2. El desierto que florece: imagen de tu alma (Is 35)

La primera lectura es un poema de belleza inmensa. Isaías dice que el desierto florece. No lo dice como metáfora poética: lo proclama como promesa de Dios. En cada uno de nosotros hay un desierto: miedos, agotamientos, heridas, deseos no cumplidos. Y en ese lugar —precisamente ahí— Dios hace brotar flores. San Gregorio Nacianceno afirma: *“Dios se acerca a lo que está seco para llenarlo de su frescor.”*

Adviento es dejar que Dios nos mire en nuestro desierto. Es permitirle decirnos al corazón: *“¡Ánimo, no temas! Aquí estoy.”* El texto de Isaías añade: *“Fortaleced las manos débiles, afianzad las rodillas vacilantes.”* Pero sólo podemos animar a otros cuando dejamos que Cristo anime primero nuestra fragilidad.

3. Cristo, cercanía de Dios en nuestra historia

Jesús es el rostro humano de la ternura de

Dios. No viene desde fuera de la historia para juzgarla, sino desde dentro de ella para sanarla. San León Magno lo explica así: *“El que es invisible se hizo visible en nuestra carne para que Dios fuera accesible al hombre.”*



Por eso, en Jesús se une la inmanencia y la trascendencia: Dios está aquí, en la vida concreta, y al mismo tiempo nos lleva más allá, a una plenitud que aún no vemos, pero que ya se anuncia. El Adviento es este movimiento doble: Dios que desciende; y el hombre que se eleva.

4. Contemplar a Jesús para descubrir a Dios

A veces hemos intentado llegar a Dios desde ideas abstractas, pero la revelación cristiana nos dice algo distinto: que mirando a Jesús comprendemos quién es Dios y también quiénes somos nosotros. San Ireneo escribió: *“En Cristo, Dios se hace accesible y el hombre es hecho capaz de Dios.”* Adviento es volver la mirada a Jesús hasta dejarnos tocar por su mansedumbre, su pobreza, su compasión, su alegría interior.

En este domingo Gaudete, la Iglesia no nos pide que sintamos alegría, sino que abramos el alma a la alegría que Dios quiere darnos. La alegría del Adviento no se fabrica: se recibe.



Un canto de fe tras la prueba

El salmista no invita primero a hacer algo, sino a despertar el alma, a orientarla hacia Aquel que se acerca silenciosamente. En el corazón del Adviento, esta llamada es como una brisa que levanta el velo de la rutina y nos hace respirar de nuevo.

1. Cuando se apagan las seguridades, nace la verdadera espera

El salmo nace en un tiempo en que el pueblo vuelve de la noche del exilio, pero aún no ve todo restaurado. Hay pobreza, fragilidad, dudas... y es en esa oscuridad parcial donde surge el canto: "Dichoso aquel que reconoce que Dios mismo es su apoyo. Contempla esta verdad." Hay alegrías que nacen del éxito, pero la alegría del Adviento nace de la confianza desnuda, cuando todo nos recuerda que no podemos sostenernos solos.

El salmista ha comprendido que la felicidad no se apoya en los príncipes, ni en la fuerza humana, siempre pasajera, sino en Aquel cuyo amor es fiel para siempre.

2. Las obras de Dios: un resplandor que atraviesa el silencio

Cada obra es una pincelada de luz en el Adviento. No son ideas, sino presencias: Dios no solo libera: se acerca al cautivo y abre su

cerrojo por dentro.

Dios no solo ilumina: toca la oscuridad de la mirada y la llena de claridad.

Dios no solo endereza: levanta el ánimo doblado por el peso de la vida.

Dios no solo protege: abraza al extranjero y guarda la fragilidad del que está solo.

Este salmo invita a cerrar los ojos y contemplar:

- ◇ ¿Dónde estoy ciego?
- ◇ ¿Dónde me siento encadenado?
- ◇ ¿Dónde mi ánimo se ha doblado?
- ◇ ¿Dónde soy extranjero incluso para mí mismo?

Allí está viniendo el Señor.

3. El eco del Evangelio: la alegría de los signos

Jesús responde a Juan el Bautista con las palabras del salmo y de Isaías:

"Los ciegos ven, los cojos andan..."

Es como si dijera:

"Contemplad... lo que esperabais está sucediendo."

En este domingo Gaudete, la Iglesia nos llama a reconocer los signos, aunque sean pequeños, aunque sean discretos:

- ◇ una herida que empieza a cerrarse,
- ◇ una palabra de consuelo que no esperábamos,
- ◇ una fuerza interior que regresa,
- ◇ una luz que brota donde no había.



EN LAS
FUENTES
DE AGUA
VIVA

CATEDRAL
DE OVIEDO



14 de diciembre

III DOMINGO DE ADVIENTO-A



audete